

## ESPAÑA ROMÁNTICA.



Jorge quedó estupefacto con los calzones en la mano. Su compañero cayó de rodillas sin saber lo que le pasaba.

### QUIEN TAL HIZO, QUE TAL PAGUE, O EL ASISTENTE DE SEVILLA.

Toda historia tiene algo de pove'a.  
Toda novela tiene algo de historia.

FABRAQUER.

#### I.—EL MOTIN.

A la caída de una hermosa tarde del año 1357, el pueblo de Sevilla llenaba formando numerosos y compactos grupos la plaza de la catedral. La causa de aquel tumulto era la gran escasez de grano que hacia dos dias habia en la ciudad. Los tahoneros no podian dar el pan suficiente para el alimento de todo el pueblo. El precio del trigo era escesivo. Esto consistia en que varios mercaderes y usureros habian

SEGUNDA SERIE — 1856

acaparado todo el trigo para hacer que estallase un motin en contra del rey don Pedro y á favor de su hermano el conde de Trastámara. El asistente, conde de Herrera, hacia algun tiempo que temia estallase el motin, y para evitarlo hizo traer de los pueblos vecinos cargas de trigo, suficiente para abastecer la ciudad por algunos dias. Pero los agentes secretos de Bríngas y de Gutierrez, ricos comerciantes judios y partidarios acérrimos del bastardo, compraron la mayor parte del grano, quedando de esta manera el pueblo otra vez sin recursos. Varias veces el asistente, seguido de su cohorte de alguaciles, habia pedido á los grupos que se retirasen, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles; conforme los alguaciles deshacian los grupos, se volvian á juntar, y hasta se oponian resistiendo sus órdenes con desprecio y arrogancia.

El conde Herrera, viendo la actitud hostil, se retiró para reforzar su guardia de alguaciles con los arqueros de palacio. Su retirada fué la señal para que estallase el tumulto.

AÑO XIV. 2.



to. Por todas partes se oían blasfemias é imprecaciones contra el asistente: las mugeres mezcladas en los grupos incitaban á los hombres á la venganza, mostrándoles sus hijos casi desfallecidos por el hambre. ¡Pan! ¡pan! ¡queremos pan! Eran los gritos que mas claro se distinguían. De en medio de un grupo en que con mas calor se discutía, salió un jóven como de veinte y dos años, llamado Velazquez, y en cuya fisonomía se veía marcada el hambre y la desesperación.

—Hermanos, dijo dirigiéndose al pueblo, es necesario apoderarnos de las tahonas; allí es donde se oculta el trigo; apoderémonos de él, nuestros hijos están pereciendo; ¡a las tahonas, amigos! Llevemos pan hoy al menos á nuestras familias; nada de robo, nada de pillage, paguémoslo á un precio módico, y no al que nos quieren exigir esa gaviilla de judíos y ladrones.

—Sí, sí, á las tahonas, repitió el pueblo con entusiasmo.

Bien pronto se lanzaron por las calles gritando: ¡muera el asistente! ¡muera los tahoneros! ¡pan! ¡pan! Las tahonas fueron invadidas, pero pocos tuvieron la suerte de lograr una hogaza; no consistía en los tahoneros; estos compraban á un precio muy subido el poco grano que llegaba á la ciudad, y tenían paralizados casi todos sus criados. No se amasaba ni la cuarta parte que hacia un mes. Al ver sus tiendas invadidas y amenazadas sus personas, enseñaron al pueblo sus graneros y almacenes vacíos. El pueblo comprendió entonces que no le quedaba otro recurso que esperar la llegada del rey para que pusiese término á esta gran calamidad. El rey don Pedro I de Castilla, á quien los historiadores de aquel tiempo calumniaron con el epíteto de Cruel, y que el pueblo llamaba el Justiciero, debía llegar á la mañana siguiente de vuelta de una expedición que habia emprendido contra los moros rebeldes de Granada.

El jóven Velazquez hizo correr la voz de la llegada del rey, y el pueblo, que todo lo esperaba de su inflexible justicia, se retiró sin que aquel motín hubiese costado una sola gota de sangre; por mas que los partidarios del bastardo se esforzaron en animar al pueblo á la venganza, nada pudieron conseguir; la voz del honrado cerrajero Velazquez hizo mas en el pueblo que no las promesas de los enviados del conde de Trastámara.

Las plazas y las calles pronto quedaron desiertas y tranquilas, solo en una calle estrecha y solitaria, y á los reflejos de una lámpara que alumbraba la imagen de la Virgen, se veían dos embozados que hablaban en voz baja: dos largas y anchas espadas se dejaban ver por debajo del embozo de la capa, el uno tendria sobre treinta y cuatro años de edad, y representaba un hombre de carácter fuerte y aguerrido, calzaba bota ancha y espuela de acero, y en el sombrero ancho y redondo ostentaba una pluma negra. Su compañero de mas edad tendria sobre cuarenta y cinco á cincuenta años, su traje era mas rico que el del jóven, y parecia pertenecer á la nobleza. Eran emisarios de los hermanos bastardos del rey.

—¿Qué has conseguido, Nuño?

—Señor, casi nada; el pueblo se ha retirado y aguarda la llegada del rey.

—¿Pero no ha sido suficiente el oro que has repartido?... habla, estoy impaciente, sabes que tengo que marchar á la madrugada á dar cuenta á don Fadrique, que espera con ansia el resultado del motín.

—Todo iba bien, señor, al principio, incitados por mí se habian arremolinado en la plaza, habian saqueado algunas tahonas y ya se iban á echar sobre el asistente y sus guardias, cuando la voz de un maldito herrero llamado Velazquez, los contuvo, y esperan la llegada del rey que será mañana.

—Nuño, es necesario que mañana desaparezca ese hombre, ¡vive Dios! que ha perdido nuestra causa.

—No tengais cuidado, señor, mi daga está bien afilada; mañana, ó Nuño muere, ó Velazquez el herrero habrá dejado de existir.

—Bien, Nuño, toma esta bolsa; ahí tienes suficiente dinero para poder reunir gente. Estate con cuidado, vigila si notases que nuestro plan está descubierto; ya sabes, en Carmona, á la una de la noche, junto á la iglesia, en la casa de maese Romero, me esperas; para saber que has llegado, en la puerta de la iglesia haz una cruz con tu puñal; ¡no lo olvides! en caso de peligro, si no lo hay, espera mis órdenes. ¿Están listos los caballos?

—Sí, mi hermano Agustín espera con ellos á trescientos pasos de la ciudad, junto á la Cruz del Campo.

—Pues bien, Nuño, adios, y no olvides la señal.

El anciano se embozó en su capa y se dirigió á largos pasos hacia la puerta de la ciudad. Nuño le siguió con la vista, y cuando ya se perdía el ruido que hacían las espuelas al marchar, exclamó apretando la bolsa:

—Señor conde, pagais bien y con generosidad; Nuño es agradecido, y mañana quedareis servido. El herrero habrá ido á hacer compañía á mi amigo Ferrando, cuya daga heredé, y él probará, y en caso de peligro la cruz será grande y conoceréis bien la señal.

Lanzó una estrepitosa carcajada, y se metió en una casa contigua al sitio donde habia estado hablando.

Durante la conversacion anterior, un hombre embozado en una ancha capa parda se habia aproximado sin que lo sintiesen, y los estuvo escuchando. Varias veces al oír pronunciar el nombre de Velazquez, habia hecho brillar la hoja de un agudo puñal.

Cuando la puerta de la casa donde entró Nuño se cerró, el embozado exclamó:

—¡Buenos propósitos, señor escudero! Dios mediante se cumplirán con alguna pequeña variación; el herrero matará á Nuño, y la señal la hará el herrero acompañado de algunos alguaciles, y por orden de su rey y señor don Pedro I de Castilla.

Las doce se dejaron oír en aquel momento.

—Vamos á ver á María, la hija de Juan Pascual, que estará impaciente ya; ¡pero vive Dios que á su cita debo la vida!

Se embozó en su capa, y desapareció por las estrechas y tortuosas calles de Sevilla.

## II.—JUAN PASCUAL.

A lo último del barrio de Triana y camino de Castilleja, habitaba un honrado labrador llamado Juan Pascual. La casa estaba amueblada decentemente; á pesar de lo avanzado de la hora, una lámpara ardía sobre la mesa, y su hija María, sentada al lado de la silla, leía en su libro de devoción; pero en su semblante se manifestaba la impaciencia; de cuando en cuando se acercaba á la ventana y



aplicaba el oído á fin de percibir el menor ruido. Juan Pascual, su padre, sentado en un ancho sillón forrado de baqueta, seguía con la vista los pasos de María. De pronto un relámpago iluminó la estancia; el ronco sonido del trueno se dejó oír, la joven se sintió devotamente y se aproximó á la ventana, cuyos débiles vidrios azotaba con fuerza la lluvia.

—Qué noche tan horrorosa, padre mío, y Velazquez no viene, ¿qué habrá sido de él? hace tres días que no le vemos, y sin embargo, Jorge, su amigo, nos dijo esta mañana que antes de media noche estaría aquí; estoy con mucho cuidado; son ya mas de las dos, algo le debe haber sucedido.

—No vendrá esta noche, hija mía, creo que no le habrá sucedido nada; es joven y valiente, y por la noche ya tiene el cuidado de ir armado.

—Pero ya sabeis lo espuesta que es la travesía del puente, padre mío.

—No tengas cuidado, hija mía, mañana iré yo temprano á la ciudad, y sabremos fijamente en qué ha consistido su tardanza; ahora, hija mía, bueno será que te acuestes y descanses; voy á cerrar la ventana, el aire húmedo te puede hacer mal.

Iba á prepararse á cerrarla, cuando el galope de un caballo le deluvo.

Un golpe fuerte se oyó, y Juan Pascual lanzó un grito: es un caballero que ha caído con su caballo, dame mi sombrero, hija mía, voy á socorrerlo.

Su hija María le dió el sombrero, y Juan Pascual salió con precipitación.

Al poco tiempo volvió á entrar acompañado de un caballero joven, como de treinta y dos años de edad, cuyos ricos vestidos estaban empapados en agua y manchados de lodo; al entrar se dejó caer en el sillón, desfallecido por la fatiga y el cansancio.

Juan Pascual se apresuró á encender fuego, y ofreció al caballero un vaso de vino para rehabilitar sus fuerzas.

El caballero lo apuró de un solo trago, y se acercó hacia el fuego para secar su mojado traje.

—Gracias, buen hombre, dijo tendiendo la mano cordialmente á Juan Pascual, sin vuestra ayuda no sé donde hubiera pasado la noche. Á diez pasos de vuestra puerta cayó reventado mi caballo, y sin vuestro auxilio no sé cómo lo hubiera pasado.

—¡Magnífico caballo! mucho os ha debido costar, caballero.

—Es de raza pura cordobesa, fué regalo de un hermano mío, contestó éste con indiferencia.

—Mucho habeis debido andar.

—Sí, diez leguas en tres horas, sin tomar ningún descanso, tenía precisión de llegar á Sevilla esta noche; pero este maldito incidente me ha impedido casi á sus puertas el lograr mi objeto; en tomando algún reposo y en estando enjugados mis vestidos continuaré mi camino.

—Hareis mal, caballero, en andar á estas horas por Sevilla, os espondeis á encontraros con un amante ó algun espadachín de oficio que á la vuelta de una esquina os pegue una estocada.

—¡Oh! lo que es eso no me intimida, mi brazo es fuerte y mi acero de lo mejor templado de Toledo.

—Sí, pero una mano aleva podría heriros por la espalda; bien se conoce que no sois de Sevilla. Todas las mañanas

los alguaciles levantan algun cadáver de alguno que ha sido asesinado durante la noche: lo mismo es oscurecer, que ya no se puede transitar por las calles sin peligro de perder la vida.

—Sí, pero el asistente y sus alguaciles prenderán al día siguiente al criminal.

—Caballero, os repito conoceis bien poco lo que es Sevilla; la mayor parte de esas muertes, de esos asesinatos, son causados por los nobles, y esos siempre quedan impunes: si yo fuese asistente veinte y cuatro horas yo os aseguro que pondría coto á esos desórdenes.

—¿Pues qué hariais, buen hombre, mas que lo que hace el conde de Herrera?

—Yo tomara mis medidas, y un ejemplar castigo haría cesar esos desórdenes; por eso soy partidario del rey don Pedro, á quien Dios guarde, y al mismo tiempo descubrió con respeto su cabeza, por su inflexible justicia el pueblo le llama el *Justiciero*.

—O el *Cruel*, dijo el caballero sonriéndose.

A este punto llegaban de la conversacion, cuando dos golpes dados á la puerta hicieron salir á María de su distraccion; corrió precipitadamente á la puerta, abrió y entró el joven herrero.

—¿Cómo tan tarde! ¿Cuánto nos has hecho sufrir! Creía que te habia sucedido algo, dijo María en tono de reconvenccion.

—Nada, María, pero ha podido sucederme, ahora te lo contaré, deja que salude á tu padre y á este caballero, y tome asiento á la lumbre para secarme, vengo muerto de frio.

María le quitó la capa, le dió una de su padre, puso un escabel junto á la lumbre y se sentó á su lado.

—Creí no poder venir esta noche, Juan Pascual; grandes novedades han ocurrido desde que no nos vemos; el pueblo se amotinó esta mañana pidiendo pan, y solo se calmó al saber que el rey llegaba mañana, á eso debe el asistente su vida. Luego despues, cuando ya me venia, á la revuelta de una esquina oí pronunciar mi nombre á dos embozados que trataban de darme muerte porque he contenido el motin de hoy, y que platicaban de otros asuntos mas serios que ya os explicaré mas tarde.

—En mucho peligro ha estado tu vida, dijo asustada María.

—A Dios gracias, María, puedo decir que te la debo á tí, pues si no me hubiese dirigido por aquel sitio para venir aquí á verte, tal vez mañana ó pasado los alguaciles al hacer su ronda matutina hubiesen recogido mi cadáver, pero gracias á Dios no sucederá eso así: á vos, señor, que sois de la corte ó vais á ella, dijo dirigiéndose al caballero, os suplicaría hiciérais presente al rey que un fiel vasallo y leal servidor desearia hablarle por algunos momentos: de seguro que esta conversacion no le pesará.

—Yo os juro, le contestó el caballero, que mañana habreis visto al rey.

—Señores, ya es tarde, dijo Juan Pascual, estais fatigados y necesitais reposo. María te tiene á tí preparado el cuarto; á vos, caballero, os ofrezco mi lecho, que es todo cuanto un pobre labrador os puede ofrecer, pero lo hace con buena voluntad. Yo pasaré la noche en este sillón; con que, señores, á recogerse, mañana al despuntar el alba os avisaré.



María dió un beso en la frente á su padre, y se retiró á su cuarto. Velazquez encendió una lámpara y se dirigió á la habitación que María le tenía preparada. Juan Pascual acompañó al caballero á su alcoba, y al despedirse, éste le dijo:

—El cielo os recompense la hospitalidad que me habeis dado; pertenezco á la servidumbre del rey don Pedro, si alguna vez me necesitáis, id á la corte que allí me vereis.

—Gracias, caballero, solo os pido perdon si al hablar de la nobleza os he ofendido en alguna cosa.

—No, en nada, al contrario, daría cualquier cosa porque todos pensasen como vos. Adios, hasta mañana.

Juan Pascual cerró la puerta, apagó la luz, se arrellanó en su sillón, y al poco tiempo roncaba profundamente.

### III.—LA ENTRADA DEL REY.

A la madrugada, Juan Pascual avisó al caballero y al joven herrero, como les había prometido el día anterior. El caballero al despedirse le dijo al joven Velazquez que si quería ir á palacio á las dos de aquella misma tarde, le prometía que vería al rey. Velazquez le aseguró que iría y que en la audiencia lo vería, suplicó al caballero que le permitiese que le acompañase hasta su casa. Al pronto el caballero se resistió, pero á las reiteradas instancias del joven consintió que le acompañase hasta la entrada de la ciudad. Se despidieron de María y de su padre, y tomaron juntos el camino de Sevilla. Al llegar á la estremidad del puente se separaron ofreciendo el herrero asistir á las dos á la audiencia del rey.

Al entrar en la ciudad para dirigirse á su taller, encontró á su amigo Jorge.

—¿Cómo! no vas hoy al taller.

—No, amigo Velazquez, hoy es día de holgueta, el rey debe entrar á las doce, y á la una recibirá los gremios del pueblo que le piden ponga un remedio á las calamidades que nos afligen. Esta mañana nos reunimos todos en el taller, y me han nombrado á mí para que vaya representando el gremio de herreros; con que, adios, voy á ponerme mi vestido de fiesta para presentarme decente ante el rey don Pedro. Apretó la mano de su amigo y se alejó.

Velazquez anduvo recorriendo la ciudad, donde se notaba la mas viva agitacion. Por todas partes se veían hombres y mugeres que se dirigian á la puerta por donde debia entrar el rey. Los nobles, montados en fogosos y hermosos caballos, seguidos de sus escuderos, se veían precisados á contener el freno de su cabalgadura para no espionarse á atropellar á alguno de los honrados artesanos que, con sus hijos de la mano, cruzaban por todas partes. Los balcones de las casas, por delante de las que debia pasar la comitiva, estaban adornadas de banderas y gallardetes; las damas colocadas en los balcones esperaban con impaciencia la hora en que el rey debia hacer su entrada triunfal con sus valientes y aguerridos soldados que habian hecho doblar la cerviz al orgulloso rey moro de Granada.

En uno de los balcones de la plaza del alcázar, habia una joven que resaltaba por su hermosura de todas las demas que la rodeaban; se llamaba doña Sol y era hija de un rico mercader llamado Alsua. Vivía sumamente retirada por el genio adusto y tétrico de su padre; rara vez se la veía en los paseos y en la orilla del rio, donde solian por lo re-

gular ir las damas jóvenes á pasear, solo asistia diariamente á la iglesia acompañada de una dueña que no dejaba aproximarse á ningun joven. Ningun caballero podia vanagloriarse de haber recibido contestacion á los numerosos billetes amorosos que la mandaban. Aquel día doña Sol estaba resplandeciente de hermosura. Los jóvenes al pasar por debajo de sus balcones la dirigian frases galantes y amorosas, pero ella se hacía la desentendida, y sin mirarlos si quiera, seguía una conversacion muy animada con sus amigas. Estas, notando su indiferencia, la llamaban la atencion y la decian:

—¿Pero es posible, Sol, que dejes sin contestacion siempre á esos jóvenes que están perdidamente enamorados de tí? tú debes tener algun amante, y nos lo ocultas á nosotras.

—No, amigas, no tengo ningun amante ni lo he tenido no conozco hasta ahora lo que es amor; educada desde niña en un convento no he tenido ocasion como vosotras de conocerlo. Dos años hace que salí de él, y apenas he asistido á los paseos ni á vuestras reuniones; cuando por la noche asomada á mi ventana contemplo el azul del cielo, y veo relucir sus brillantes estrellas, me considero feliz. Si alguna vez oigo preludiar los sonidos de un laud, mi dueña se acerca á la ventana, la cierra, y al ver esto el joven que lo tañe, se ausenta y nos deja descansar. En fin, puedo decirlos que soy feliz, pues no conozco mas que el amor de mi padre. ¿Qué gozais vosotras con esas quiméricas ilusiones que llamais amor?

—Bien se conoce, Sol, que eres una niña, dijo Leonor una de sus compañeras: ¿sabes tú lo que es amor? pues escucha: El amor es el deleite mas grande que el cielo nos ha concedido, es un bienestar mezclado de una inquietud que alborota nuestras almas, es el goce y el padecimiento mezclados, es, Sol, la suprema felicidad, sin el amor no hay nada; Dios creó los ángeles para que le amasen y nosotras al nacer somos primeramente amadas por nuestros padres, luego les amamos á ellos y luego encontramos una persona á quien amar y que nos ame. Tambien muchas veces esta felicidad es un mal, cuando uno ama y no es correspondido. ¡Oh! entonces es un infierno lo que uno tiene sobre su alma, es un fuego que la devora y acaba por consumir nuestra existencia.

—Sabes, Leonor, que lo que me dices es terrible, y que doy gracias al cielo porque no me lo ha hecho conocer.

—Tienes razon, pobre niña: pídele que no te lo haga conocer.

—Hablas, Leonor, cual si tú hubieses sentido ya sus efectos.

—Sí, querida amiga, por mi desgracia los he sentido, una vez he amado á un joven y gallardo caballero! Al principio fui tiernamente correspondida: un día, hace seis meses, vino á verme y me dijo, partía aquella misma noche con el rey á la guerra. Desde entonces, no he vuelto á saber de él, me habrá tal vez olvidado, ó habrá perecido, esta idea me tiene inquieta, no me deja sosegar ni un momento.

Las trompetas y atabales y los gritos de ¡viva el rey! se dejaron oír en aquellos momentos. Las campanas de las iglesias echadas á vuelo anunciaban que el rey don Pedro de Castilla, hacia su entrada triunfal en Sevilla. Las jóvenes se lanzaron al balcon y Leonor apenas podia contener los latidos de su corazon, fluctuaba entre el temor y la espe-



ranza, sino veía entre los caballeros que rodeaban al rey á su amante, era señal que había perecido. Los gritos de ¡viva el rey! se iban aproximando cada vez mas. Por fin, apareció la comitiva, marchaban á su frente cuarenta caballeros sobre fogosos caballos cordobeses, armados de punta en blanco y que llevaban las banderas y trofeos cogidos á los sarracenos. Esta brillante compañía la mandaba el jóven y bizarro duque de Alburquerque, al verle Leonor, lanzó un grito; el jóven miró á la ventana y reconoció á su amada doña Leonor Manrique: la saludó con expresión y cariño, haciéndola seña y mostrándole una banda roja que llevaba puesta y que Leonor le había bordado; era prueba que le había sido fiel. Leonor estuvo á punto de desmayarse, pero sus compañeras y amigas acudieron en su auxilio.

—¡Cuán feliz soy, no me ha olvidado!

La comitiva siguió su camino. Cien arqueros de la guardia, seguían á los caballeros, llevando en medio los cautivos y prisioneros que habían hecho. El rey seguido de todos los nobles, iba montado en un hermoso alazán. El pueblo le victoreaba sin cesar, la mas viva satisfacción estaba pintada en su semblante. Al pasar por delante del balcón donde estaba Sol y sus amigas, el rey se quedó fijamente mirando, las jóvenes saludaron con sus blancos pañuelos, y el rey correspondió á este saludo con una graciosa inclinación de cabeza.

—Conde de Herrera, ¿quién es esa linda jóven? dijo el rey.

—Señor, es la hija del mercader Alsua.

—¡Vive Dios, que es hermosa muger, de seguro que no hay dos en mis reinos que la igualen!

—Señor, ¿y doña María Padilla? dijo un jóven que estaba á su lado.

—Tienes razón, ya la había olvidado, supongo que mañana llegará.

—Cumpli vuestras órdenes, señor, y mañana á la caída de la tarde deberá estar al lado de vuestra alteza.

Llegaba la comitiva ya á la plaza del alcázar, cuando un jóven que estaba colocado en primera fila, lanzó un grito de sorpresa, era Velazquez que había reconocido en el rey al caballero que había pasado la noche con él en casa de Juan Pascual. El rey también le reconoció y sonriéndose le dijo:

—Acércate, jóven, te prometí ayer noche que verías al rey y te cumplo mi palabra; á las dos ve á palacio.

—Señor, tal vez no pueda penetrar, y lo que tengo que decir á vuestra alteza es de suma importancia y urgente.

—No tengas cuidado, conde de Herrera, vos cuidareis de franquear la entrada á este jóven hasta mi cámara.

Pocos momentos despues el rey se apeaba á la puerta de su alcázar. Velazquez rompiendo por la compacta multitud que llenaba la plaza, se aproximó al alcázar esperando oír la primera campanada de las dos. No tardaron estas en dejarse oír y Velazquez entró en el pórtico del alcázar.

#### IV.—EL ALCAZAR.

El conde de Herrera esperaba á la entrada de una de las salas al jóven Velazquez. En seguida que le divisó se dirigió á él y le dijo:

—Ya has visto como los centinelas de la entrada no te

han puesto ningun obstáculo, ahora sígueme que el rey quiere reciberte antes de la audiencia.

Echaron á andar, atravesaron varios corredores, y por fin llegaron á una puerta cerrada con una pesada cortina de cuero en donde se veían estampadas las armas de Castilla. Un guerrero armado guardaba la entrada.

—Caballero, no se puede pasar; esa es mi consigna.

Dijo el centinela al conde de Herrera que se preparaba á levantar la cortina.

—Esa orden no habla conmigo, soy el asistente de Sevilla.

—Mi consigna, contestó con aplomo el soldado, es no dejar pasar á nadie, y así os digo que os retireis, solo entrarán en esta cámara el conde de Herrera y un jóven que vendrá con él.

—Pues bien, yo soy el conde de Herrera y aquí teneis á mi lado el jóven que debe de entrar conmigo.

—Perdonad, caballero, yo he venido hoy con el rey de la guerra, y así no estrañéis el que no os conozca. A la derecha y á diez pasos de aquí está el cuerpo de guardia, allí encontrareis al sargento Hernandez, que es de Sevilla, y el que me ha dado la consigna, él os reconocerá y entrareis sin dificultad.

El conde de Herrera, se dirigió al cuerpo de guardia donde encontró al sargento. Volvió acompañado de él donde estaba el centinela, y sosteniendo la pesada cortina hizo que entrasen en la cámara el asistente y Velazquez.

La cámara donde se encontraba el rey en aquel momento, era de las mas retiradas del alcázar: componíase su mueblage de cuatro sillones de baqueta, en cuyo respaldo estaban talladas las armas de Sevilla; una mesa de nogal con pies torneados rematando el pie en una garra de león; una lámpara de hierro de cuatro mecheros colgada del techo y las paredes cubiertas de armaduras é instrumentos de caza. En aquel momento el rey estaba trabajando con su ministro y tesorero Samuel Leví.

A la entrada del conde de Herrera y Velazquez, Samuel Leví se levantó. El conde de Herrera hincó la rodilla, besó respetuosamente la mano del rey y presentándole á Velazquez, que hizo lo mismo, le dijo: aquí tiene vuestra alteza el jóven que me habeis mandado acompañar: ahora si vuestra alteza no tiene otra cosa que mandarme me retiraré.

—Nada; os doy gracias, conde de Herrera, podeis retiraros, y vos tambien, Samuel, volved á la noche y continuaremos nuestro trabajo, ahora tengo que hacer con este jóven.

El conde de Herrera y Samuel saludaron respetuosamente al rey y salieron de la estancia.

No bien quedaron solos, el rey dirigiéndose á Velazquez le dijo:

—Ya estamos solos, ahora puedes hablar sin miedo y decir lo que anoche no confiastes á Juan Pascual porque estaba yo presente y no sabias quien era, habla.

—Señor, perdoneme vuestra alteza si anoche le ofendí con mi silencio, se trataba de la vida de vuestra alteza y un secreto semejante, no se confia así, á una persona que se ve por primera vez. Dijisteis que érais de la servidumbre del rey, nos habeis engañado, érais el rey mismo: si en lugar de ser el rey hubieseis sido un partidario del conde don Fadrique, os hubieseis hecho dueño de mi secreto, y tal vez la vida del rey don Pedro hubiera peligrado.



—¡Bien, Velazquez! me gusta tu franqueza y tu prudencia, ¿dices que mi vida peligra?

—Vuestra vida y vuestro trono, señor.

—Espícale.

—Anoche al ir á casa de Juan Pascual y despues del motín, dos hombres en una calle estrecha hablaban en voz baja: oí pronunciar mi nombre por casualidad, y me detuve. Trataban de darme muerte porque contuve á mis compañeros diciéndoles que esperasen la vuelta de vuestra alteza. Esto sin duda frustró sus proyectos y por esto decidieron quitarme de en medio. El pueblo se amotinó por la escasez y carestía de pan y ellos querian sacar partido ¿Qué les importaban los desórdenes y saqueo á que querian arrastrar á los infelices que pedian con justicia la baja de los granos? Sus proyectos son grandes, Carmona es el foco de la conjuración, la señal es una cruz á la puerta de la iglesia, la oscuridad de la noche me impidió conocer uno de los embozados, lo que esal otro, el que aseguró que me mataría, á ese ya le conozco.

—Bien, Velazquez, me has hecho un gran servicio descubriéndome esta trama infernal: mis hermanos bastardos quieren usurparme el trono, no dejan un momento de tranquilidad á mi pueblo. ¡Vive Dios! que yo les haré á ellos estar tranquilos pero será en el sepulcro. Ahora, Velazquez, te exijo el mayor sigilo, eres jóven tienes valor, ¿quieres servir mi causa?

—Señor, en lo que he hecho, he cumplido con el deber de un buen vasallo de vuestra alteza, daría mil vidas si las tuviese por salvar una sola gota de vuestra sangre.

—Bien, Velazquez, esta noche, á media noche á la hora de la cita estarás en Carmona con la segunda compañía de mis arqueros de la que te nombro capitán. Ni uno solo de los conjurados ha de quedar con vida, cuidado que no exceptuo ni aun á mis hermanos, ahora vete á casa del honrado Juan Pascual y á la hora de la audiencia entra con él en el salón. Marcha.

Velazquez se inclinó, dobló la rodilla, besó la mano de rey y se retiró.

Al quedarse el rey solo, se dejó caer sobre el sillón y exclamó:—Si la historia despues de mi muerte me califica de cruel, se lo deberé á mis hermanos!

Un page entró á anunciar que los gremios del pueblo estaban ya reunidos en la sala de audiencia.

El rey se levantó precipitadamente diciendo:

—El pueblo me pide justicia, ¡vive Dios! que no tardará en verla cumplida.

#### V.—LA VARA DEL ASISTENTE.

Los comisionados nombrados por el pueblo, esperaban en el magnífico salón de audiencia la llegada del rey, que no tardó en presentarse.

—¿Qué me queréis? dijo contono serio é irritado, sentándose en un sillón colocado debajo de un dosel.

—Señor, dijo uno de los comisionados, adelantándose é hincando una rodilla en tierra. Nombrados por el pueblo venimos á pedir á vuestra alteza, ponga un coto á la horrible carestía por que estamos pasando, los comerciantes y logreros tienen acaparado todo el grano que estos dias se ha presentado en el mercado. El pueblo apenas puede

comprar el pan necesario para su familia; nosotros venimos á pedirnos dicheis medidas para que los mercados queden surtidos de trigo, y vuestro pueblo no carezca de tan precioso y necesario alimento.

En aquel momento entraban en el salón Juan Pascual y Velazquez; no bien lo descubrió el rey le mandó que se acercase; Juan Pascual se aproximó á las gradas del trono temblando, creía haber incurrido en alguna falta contra el rey. Velazquez no le habia dicho absolutamente nada de lo que le habia pasado con el rey en su cámara, ni que era el huésped que habian tenido la noche anterior, ni de su nombramiento de capitán de guardias. A fuer de hombre prudente creía que para el golpe que meditaba dar á media noche debia permanecer todo esto en secreto, aun para el padre de la muger á quien amaba.

Juan Pascual desde su entrada en el salón no habia osado fijar los ojos en el rey; un miedo terrible se habia apoderado de todos sus miembros, pero su terror fué mayor al fijar su vista en el rey y reconocer el huésped que tuvo la noche anterior. En aquel momento se le vino á la imaginación la libertad con que le habia hablado, y temió que le llamaba el rey para castigarle.

—Juan Pascual, acércate, le dijo el rey con benevolencia, no temas.

Estas palabras tranquilizaron algun tanto al honrado Juan Pascual: el rey continuó diciéndole:

—Estas gentes que ves ahí vienen á pedirme medios para que la escasez de granos desaparezca de la ciudad. Segun te oí decir ayer, tú en un dia si fueras asistente surtirías la ciudad.

—Perdóneme vuestra alteza, fué una ligereza, esclamó Juan Pascual muerto de miedo.

—Desde este momento quedas nombrado asistente de Sevilla. El conde de Herrera te entregará la vara, símbolo de tu autoridad; dos cosas te encargo, tu cabeza me responde de su cumplimiento....

—¡Pero, señor....

—No hay pero que valga, Juan Pascual, está ya dicho; la primera es abastecer la ciudad, la segunda, óyelo bien, es el castigo de los criminales: un crimen que se cometa, á las veinte y cuatro horas debe de estar preso, juzgado y aborcado el delincuente. Ahora, señores, podeis retiraros tranquilos, y confiad en el nuevo asistente, dijo el rey dirigiéndose á los comisionados del pueblo, y al mismo tiempo se preparó para salir del salón; cuando llegaba á la puerta se volvió y dijo á Velazquez: sígueme.

Los comisionados del pueblo gritaron ¡viva el rey! ¡viva nuestro asistente! y se apresuraron á salir del salón.

Juan Pascual quedó solo y meditabundo en el salón. La dignidad de asistente que el rey le habia conferido, no le habia halagado mucho, veía su vida espuesta á cada momento y al capricho de cualquiera que cometiese un delito y no pudiese ser cogido para castigarlo prontamente. Maldijo sus ideas de ambición, ó por mejor decir, las baladronadas de la noche anterior, empero era necesario hacer como vulgarmente se dice, de tripas corazón.

La entrada de dos alguaciles que traían la vara, símbolo de su poder, le vino á sacar de su profunda meditacion.

—El rey nos manda os entreguemos esta vara, señor asistente, dijo uno de los alguaciles.

—Y que ya sabeis su encargo, dijo el otro.



—Está bien, contestó Juan Pascual empuñando la vara, ¡que tiemblen los criminales y los que ocultan el grano, porque mi justicia será tan recta y dura como lo es mi vara! Ahora, á vosotros, dijo volviéndose á los alguaciles, id á casa del mercader Gutierrez, y Bringas el judío, registrad hasta el último rincón de su casa, y todo el trigo que se encuentre, llevadlo á la plaza del Mercado, intervenid en su venta á un precio módico, y luego remitidles el dinero; que no falte ni un solo maravedí, pues de lo contrario, os mando ahorcar. Y salió del salón seguido de los alguaciles con direccion á la plaza.

El pueblo no bien le vió, prorumpió en gritos y aclamaciones de ¡viva el rey! ¡viva Juan Pascual, nuestro asistente!

El rey, desde una de las arabescas ventanas del alcázar, presenciaba esta escena, y con risueño semblante dijo al duque de Alburquerque que estaba á su lado:

—Creo, querido Alburquerque, que esta vez la vara de asistente ha caído en buenas manos, ¿qué os parece?

—Lo mismo que á vuestra alteza.

—Duque, esta noche voy á rondar por la ciudad; quiero yo mismo convencerme de las miserias de mi pueblo; si quereis, podeis acompañarme.

—Está bien, señor, tendré el honor de acompañar á vuestra alteza.

—Pues, adios, duque, hasta el anochecer, voy ahora á seguir mis trabajos con Samuel Leví, acompáñame hasta mi cámara.

El duque de Alburquerque acompañó al rey hasta su cámara, y se dirigió despues á la casa de doña Leonor de Manrique.

#### VI.—UNA VISITA INESPERADA.

Al oscurecer, el rey acompañado del duque de Alburquerque, salían del alcázar embozados en sus capas. El rey era temido pero también amado por el pueblo; tenía costumbre de salir solo y de incógnito, bien para averiguar la opinion del pueblo sobre alguna de sus medidas ó bien para visitar alguna dama. Cruzaron la plaza del alcázar, y se dirigieron hácia la puerta de la ciudad, llamada puerta de Triana; allí entraron en un miserable casucho; era la habitación de Velazquez. Este se hallaba rodeado de algunos amigos á quienes refería el nombramiento que había hecho el rey de asistente de Sevilla.

—¿Sabeis que el rey ha nombrado á Juan Pascual asistente de Sevilla?

—Buena suerte ha tenido.

—Y eso que él no es ambicioso, dijo Jorge.

El rey detuvo al duque de Alburquerque que iba á levantar el picaporte para entrar en el cuarto, diciéndole:

—Escuchemos.

—Si le hubieras visto, querido Velazquez, continuó Jorge, á las dos horas de su nombramiento ya estaba el mercado lleno de grano, había preso á Bringas y á su compadre el usurero Gutierrez, eso es lo que se llama ser asistente, siempre bendecirá su nombre el pueblo al mismo tiempo que el del rey que lo ha elegido.

—¿Y el pregon que ha dado, dijo otro, lo habeis oido?

—No lo hemos oido, pero si tú lo has oido, dínoslo.

—Manda que á las doce de la noche esté todo el mundo

recogido en su casa, deteniéndose á las personas que infrinjan esta orden, á fin de evitar los numerosos crímenes que se cometen velados por la oscuridad de la noche; eso se llama mandar, y no lo que hacia el conde Herrera, que era el primero en infringir las órdenes que daba; muchas noches al retirarme yo á mi casa le he encontrado debajo de los balcones de Susana, la hija del judío Bringas.

—Si, pero su padre creo que no quiere que se hablen.

—No; pero á la capa de estos amoríos ha hecho su negocio. El conde Herrera, por no disgustar á Susana, le ha permitido acaparar el trigo, es decir, haciéndose el desentendido.

—Si, pero ya habrá visto que con Juan Pascual no valen tretas, dijo otro.

—Lo cierto es, dijo Jorge, que la ciudad está abastecida de trigo, y si no hubiese sido por la medida del rey, no se lo que hubiese pasado; daría cualquier cosa porque viese por sus ojos nuestras miserias. No se gana ni un jornal, nuestras ropas están raidas, y si no, mirad mis calzones y los vuestros; pues no digo nada los de Velazquez, dijo cogiéndolos en la mano y enseñándolos á sus compañeros: mirad, mirad como se clarean; las chispas de la fragua los han puesto que parecen una criba.

El conde de Alburquerque levantó el picaporte, y el rey se precipitó en el cuarto. Jorge quedó estupefacto con los calzones en la mano; su compañero cayó de rodillas sin saber lo que le pasaba; solo Velazquez permaneció insensible y sin asombrarse, conocía ya á fondo el carácter del rey.

—Yo remediaré vuestra miseria, dijo el rey, la abundancia renacerá en los mercados; ya habeis visto mi acertado nombramiento de asistente de Sevilla, que no ha recaído en un noble, en un rico-hombre, sino en un honrado y oscuro labrador. Para el rey, tan vasallo es el pobre como el rico, el hidalgo como el pechero. Ahí teneis, dijo dando un bolsillo á Jorge, con que aliviar vuestras necesidades.

Velazquez se aproximó al rey, y le dijo en voz baja.

—Dentro de una hora partiré para Carmona: los arqueros están ya preparados: creo que no malograremos el golpe.

—Está bien, Velazquez, sobre todo el sigilo; mañana me darás cuenta exacta de lo que pase esta noche.

Se embozó en su capa y desapareció, seguido del duque de Alburquerque.

Jorge miraba y remiraba la bolsa que tenía en la mano; creía que todo había sido un sueño, y no podía comprender la inesperada visita del rey. Repartieron religiosamente el dinero que había en la bolsa entre los cuatro que había en la estancia. Velazquez rehusó su parte y les dijo se retirasen, pues tenía que salir.

Aquella noche debía ser fecunda en acontecimientos para la vida del joven herrero. No bien quedó solo se despojó de sus miserables vestidos, y se puso el traje de capitán de arqueros con tanta desenvoltura cual si toda la vida lo hubiese llevado. Se salió de la casa y se dirigió á la puerta de la ciudad, donde encontró varios arqueros que ya estaban prevenidos de antemano. Uno de ellos tenía del diestro su caballo, Velazquez puso el pie en el estribo, montó y tomó el camino de Carmona.

(La conclusion en el número inmediato).

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.



## ESTUDIOS DE VIAGES.

### UN BOSQUEJO DE LAS COSTUMBRES VENDEANAS.

#### I.

Los trastornos de la guerra civil, han borrado casi el sello de los pasados siglos en la Vendée militar. Los góticos castillos de que se hallaba erizado su suelo, las casas solariegas con sus torreones, las santas capillas en medio de los bosques, todo ha desaparecido, todo ha sido arrebatado por el terrible huracán de la revolución.

La Vendée, teatro de la guerra civil, va perdiendo completamente su antiguo tipo melancólico y salvaje.

El abandono de las costumbres de sus antepasados, no ha hecho, fuerza es confesarlo, tan rápidos progresos como en otros pueblos. Apegados á sus antiguas costumbres han resistido y resisten al espíritu de novedad.

La causa de perderse las antiguas tradiciones y costumbres existe en la generación actual. Esta causa en la Vendée, como en todas partes, es el refinamiento de la civilización y el lujo que, gracias á la facilidad de las nuevas comunicaciones, comienza á penetrar hasta el fondo de las mas apartadas y solitarias aldeas. Las aspiraciones á una vida de mas apariencia, ó al menos mas agitada, que atormentan á las clases ricas y las impelen á vivir en las grandes ciudades, se hacen igualmente sentir en el corazón de los habitantes de las mas pobres cabañas. No hay una sola muchacha de aldea, y sobre todo de un caserío aislado, que no sueñe hoy con vivir en el pueblo, con los goces de aquella morada tan encantadora para ella, donde es tan fácil charlar sentada en el portal de su casa con las comadres de la vecindad, donde puede ser vista, y componerse y adornarse para que la vean los mozos, y no los árboles y riscos, entre los que se pone á hacer labor.

Esa joven que cantaba ayer las canciones de su pueblo hilando en la pradera, y cuidando de sus vacas, desdén-

hoy como antiguallas esas canciones sencillas y primitivas para destrozar las árias y cavatinas de la ciudad, ni mas ni menos que un organillo de Berbería.

Para estudiar el resto de las costumbres antiguas, que bien pronto acabarán de perderse del todo, hay que penetrar en las mas apartadas aldeas.

Las grandes divisiones territoriales de la Vendée á las que su aspecto peculiar han hecho dar los característicos nombres de *Bocacio*, *Llano* y el *Marais*, son muy diferen-



Aldeana hilando.

tes por sus costumbres, usos y sentimientos. Así en cuanto se abandonan las regiones calcáreas del *Llano* para poner el pie sobre los cerros del *Bocacio*, cubiertos de bosques, matorrales y flores silvestres, se halla uno en otro



pueblo, en el suelo del verdadero la Vendée. En la primera *encrucijada* ó confluencia de caminos que se encuentran en la Vendée, se ven una multitud de crucecitas de madera plantadas allí por los parientes ó amigos de los difuntos en el momento de pasar la fúnebre carreta que lleva sus cuerpos á la iglesia de la parroquia. Pensamiento piadoso, sin duda, empero cuyo origen es supersticioso.

atravesar tranquilamente por aquellas terribles *encrucijadas*, ponen con tan religioso cuidado esas cruces. Es difícil saber el verdadero motivo por qué los aldeanos tienen reparo en confesar sus supersticiosas creencias, creencias además muy comunes en otras provincias que, no sabemos por qué, se tienen por mas civilizadas.

Lo que distingue este pais de los demas, es la melancólica armonía de sus antiguas canciones tan sencillas como bellas. Todo el mundo sabe que los cortesanos de Luis XI hicieron venir cantores y bailarines de esta provincia para distraer al tétrico y sombrío monarca.

Aun se conservan canciones de todo género. Hay canciones para la mesa, para distraer el fastidio de los caminantes, canciones para los boyeros, especie de modulacion bastante lenta y prolongada, hasta perder el aliento, para acompañar el tardo y perezoso paso de los buyes de carreta. Hay canciones para todos los gustos, para todas las circunstancias de la vida. Si el tono de las canciones es siempre gracioso, en cambio las palabras no son poéticas. Frecuentemente bailan acompañándolas, como sucede en el *baile de la torta*, que aun se verifica en las bodas del bajo la Vendée.

Además de la *Torta* simbólica, erizada toda de ramas de espinas, cargadas de flores, de naranjas y de confites, que se coloca delante de la novia, se sirven otras mas modestas de distancia en distancia, sobre las mesas de los convidados, pero antes de comerlas es preciso conquistarlas. A una señal dada se levanta un joven, se apodera de la *torta* a que encuentra mas á mano, levantándola en el aire lo mas alto que le es posible, se lanza bailando en medio de la sala del festin. Inmediatamente otros tres ó cuatro jóvenes salen armados de

platos y tenedores, y bailando alrededor del primero tratan de coger con la punta de sus tenedores algunos pedazos de la *torta*, que se esfuerza el otro en defender de sus golpes. Es una especie de lucha de habilidad y destreza,

AÑO XIV. 3.



Un entierro.

Se sabe la creencia muy antigua de que en las *encrucijadas*, las brujas y los duendes venian á bailar por la noche hasta el alba. Para conjurar, sin duda, el encuentro de estos malditos espíritus, y para que el muerto pudiese

SEGUNDA SERIE.—1856



que acaba siempre con abundantes tragos, en medio de los que se corta en pedazos la torta y se reparte á los convidados.

A pesar del vino, del baile y de las canciones, no es completa ninguna función vendeana sin su poquito de pólvora. Tienen á esta una afición tan decidida, que se vuelven locos con los fuegos artificiales. Cuando va de capa caída el baile, y músicos y bailarines se van cansando, con soltar un cohete ó disparar un petardo, todos se ponen en movimiento al instante. Dan gritos de alegría, repetidos, interminables, y hacen temblar el suelo con sus saltos. ¡Feliz el que ha podido proporcionarse una mala pistola! Es el rey de la boda, el gallito de la fiesta. Le miman, le lisonjean, le rodean todos á porfía, ansiosos de que les haga el gran favor de dejarles disparar algunos tiros.

En otras funciones se limitan á encender hogueras, como por ejemplo, el día de San Juan, ó cuando el obispo de la diócesis hace su vista pastoral. Si por felicidad los caminos están impracticables para los tiros de caballos, todos los labradores de la parroquia, se disputan el honor de dar sus bueyes para tirar del coche del prelado. Entonces entra la disputa y la rivalidad de parroquia entre aquellas buenas gentes, obstinadas en no ceder ninguno, y así se ha visto muchas veces emplear en el tiro del coche del obispo cuarenta, y aun ochenta bueyes á la vez!

Aquella multitud de gentes arrodillada en el camino, aquella larga fila de bueyes engalanados con cintas y flores, que tan pronto se aparece sobre el costado de una colina, y tan pronto se pierde en el seno de las sombras gargantas del *Bocacio*, toda aquella pompa rústica en medio de un paisaje lleno de frescura y de verdor, dilatan dulcemente el corazón y le producen las mas suaves sensaciones! Felices los pueblos donde aun se conservan tan hondamente grabadas las tradiciones de la autoridad y de la religión.

## II.

Los habitantes del *Marais* se distinguen de los del *Bocacio* en su alta estatura, su aire suelto y la frescura de su color. Miran con prevención á sus convecinos, y se glorían del nombre de *maraiguinos*, porque habitan en las riberas de los rios y en un terreno lleno de lagunas. Son de carácter mas independiente que los hombres del *Bocacio*, y aunque vivos, irascibles, indóciles y desconfiados con los extraños, son muy amigos de sus amigos, y les gusta ofrecerles una buena y cordial hospitalidad.

Al entrar en sus casas, de las que la mayor parte, especialmente las de los jornaleros, son de tierra con un techo de cañas, y se llaman en el país *burrinas*, no hay que temer sentarse en ellas, porque reina allí en todo su es-

plendor la limpieza, que es el lujo de los pobres. Es raro que un *maraiguino* no le ofrezca á uno al verlo un vaso de vino, pero si uno quiere volverlo loco de alegría, no tiene mas que sorber, sin cumplido, un polvo de su caja de tabaco; sentarse en el fogón de la cocina al fuego del estiercol de vaca, sobre un poyo de tierra, de los que hay á uno y otro lado, y fumar una pipa con él. El fumar es una costumbre tan generalizada, y una necesidad tan imperiosa, que los hombres y algunas veces los niños, apenas salen de la iglesia, sacan sus pipas de barro encarnado y entre nubes de humo desaparecen bien pronto los grupos de las gentes que se paran á hablar. Las mugeres de este país no son menos notables que los hombres. No es solo su gracia, su frescura, su belleza y su gentil donaire lo que las hace admirar de todos, sino sus maneras francas, vivas y atrevidas y la libertad de sus acciones que no se parecen á las de las otras partes de la Vendée.

Tienen gran afición al baile, y un cuidado extremo con su cutis, por lo que jamás salen en el verano, sin llevar un pedazo de papel delante de su peinado, á modo de visera.

Esta hermosa poblacion no vive en un lindo país. El *Marais* á escepcion de sus arroyos, cuyas orillas están plantadas de altos árboles, presenta por todas partes un golpe de vista de los mas monótonos. Pierdese la vista en aquel laberinto de fosos llenos de agua, y se fatiga bien pronto con la uniformidad de aquel inmenso horizonte, donde frecuentemente no halla sino la estúpida mirada de los corpulentos bueyes de Sallertana, inmóviles á las orillas de un charco. Sin embargo el *Marais* de San Juan del Monte, ofrece un poco mas de variedad. Cada caserio se halla rodeado de un bosquecillo de árboles, y es realmente, un espectáculo animado y gracioso ver salir el domingo por la mañana de cada uno de estos caserios, verdaderos oasis, una multitud de barquichuelos deslizándose suavemente sobre las dormidas aguas del *Marais*, llevando rápidamente hacia el campanario de la parroquia á las mugeres que van á misa. Pero nada es mas curioso y mas original, que la maniobra y ejercicio de los jóvenes que desafiando el sibaritismo de los barquichuelos, se van línea recta al través de las lagunas, saltando con sus *nin-gles* ó palos saltadores todos los hoyos y fosos que se encuentran, en los que hay algunos de mas de siete varas de ancho.

Todas estas diferencias de costumbres entre los cantones de la Vendée, no son mas que matices, difíciles de coger al paso por los escritores que quieren consignar sus impresiones de viage.

Nosotros hemos puesto las mas marcadas y las que mas pueden distraer á nuestros lectores, á quienes en tres dibujos presentamos las principales escenas de costumbres que acabamos de describir.

## ESTUDIOS MORALES.

### EL LIBRO DE ORACIONES DE MARGARITA.

Era la época del buen rey Enrique, después de las guerras de religion, en los dias en que la corte de Francia

era el centro de la amable galantería, en que las viudas de la matanza de San Bartolomé, se volvían á casar, pasando á segundas nupcias. Era el siglo de la gallina en el puchero, (1) manjar hecho popular por un monarca filan-

(1) Alude á la espresion del buen rey Enrique IV, que decía de-